

Université Fédérale



Toulouse Midi-Pyrénées

THÈSE



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

En vue de l'obtention du

DOCTORAT DE L'UNIVERSITÉ DE TOULOUSE

Délivré par :

Université Toulouse II – Jean Jaurès

Cotutelle internationale : Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Présentée et soutenue par

Raimundo VI LLALBA LABRADOR

Le 19 avril 2021

Titre :

Reconfiguraciones narrativas de
experiencias de ser cuerpos docentes
Annexes

École doctorale et discipline ou spécialité :

ED ALLPH@: Arts et **Sciences de l'Art**

Doctorado Interinstitucional en Educación: Doctor en Educación

Unité de recherche :

LLA CREATIS : Lettres, Langages et Arts, EA 4152

Directrices de Thèse :

MARTINEZ THOMAS Monique, Professeure, Université de Toulouse 2 Jean Jaurès

CALDERÓN Dora Inés, Professeure, Universidad Distrital FJC

Jury :

Mme Antonia Amo Sánchez, Professeure, Université d'Avignon

M. Harold Andrés Castañeda Peña, Professeur, Universidad Distrital FJC

Mme Emmanuelle Garnier, Présidente, Université de Toulouse Jean-Jaurès

M. Lucio Martínez Álvarez, Professeur, Universidad de Valladolid

Mme Monique Martinez Thomas, Professeure, Université de Toulouse Jean-Jaurès

M. Mario Montoya Castillo, Professeur, Universidad Distrital FJC

Mme Isabelle Reck, Professeure, Université de Strasbourg

Corporrelatos

de experiencias docentes

Raimundo Villalba Labrador

Corporrelatos

de experiencias docentes

Raimundo Villalba Labrador

Con gratitud para todas las personas cuyas manos, afectos y palabras contribuyeron a lograr esta obra.

Diana Otálora Barreto (Ilustración)
Sebastián Piedrahita (Diseño editorial)
Carlos Galvis (Corrección de estilo)

Docentes creadores de corporrelatos:

La profesora Marimar
El profesor Mejía
La profesora Isabel
La profesora Conny
La profesora Katherine
La profesora Alejandra
El profesor Neto
La profesora Frida

Este libro ilustrado es el resultado creativo de la tesis doctoral
“Reconfiguraciones narrativas de experiencias de ser cuerpos docentes”

Realizada en y con la dirección de:

Doctorado en Artes y Ciencias del Artes
Universidad de Toulouse II Jean Jaurès
Dra. Monique Martínez Thomas

Doctorado Interinstitucional en Educación
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Dra. Dora Inés Calderón

Bogotá – Toulouse
2020

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización del autor, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al autor si precisa fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Correo electrónico:
raimundovillalba@gmail.com

Prólogo

Damos a conocer el resultado de un proceso creativo de investigación narrativa que se preguntó por el cuerpo del docente a partir de relatos de sus experiencias: Corporrelatos. Partimos de dos supuestos: 1. Para comprender algo del cuerpo-que-somos (Rico, 1998) en el rol docente, es preciso contar una historia (Bruner, 2003). 2. Los docentes están enmarañados en innumerables historias aún no contadas de la profesión, en busca de relato y narrador (Ricoeur, 2006) que darían cuenta de las contingencias vividas cuando se ejerce la profesión.

Con lo anterior en mente, le propusimos a un grupo de docentes participar en la creación de corporrelatos a partir de la identificación de marcas en sus cuerpos que dan cuenta de los diversos acontecimientos vividos en la profesión. De este modo, los docentes se sumergieron en sus “historias aún no contadas” para recuperarlas a través de la construcción de la trama narrativa.

De esto, resultan treinta corporrelatos, creados por ocho docentes colombianos, acompañados de ilustraciones que visibilizan el cuerpo del docente con las cualidades y significados de las experiencias narradas. Por lo tanto, podemos decir que el libro ilustrado presenta, de manera poética, el mundo corporal de los docentes con el fin de contribuir en la experiencia de comprensión del lector.

Algunos cuerpos narran que...

hay que
~~parecer~~ para **Ser** docente.

El otro en el bus



Quiero hablar sobre la imagen de ser maestro, esa que deambula en la mente de todos nosotros. No sé cuál sea la imagen con la que se identifica y guarda en su memoria un maestro, puede ser la de su abuela, la de su madre, una generación entera de ser maestro. En verdad, no lo sé.

Cuando viajo en el bus, todas las mañanas, me siento en una de las sillas y observo sin mucho detenimiento a las personas que poco a poco se van subiendo. Cada persona trae consigo una historia, pero hay unas que llaman mi atención. Observo con curiosidad su cara, su ropa, su bolso, veo que llevan consigo un cuerpo distinto al de los otros habitantes del bus y, de inmediato, me doy cuenta de que son maestros. A veces quiero imaginar qué tipo de maestros son, qué materias dictan, si son maestros de primaria o de secundaria. Algunas maestras llevan uniforme, otras parecen más libres...

No siempre resulta fácil darse cuenta de quién viaja al lado de uno y en especial saber que ese otro también es maestro. El maestro pareciera que guardara unos patrones que lo hacen identificable, o puede ser que de tanto relacionarme con ellos, me es sencillo reconocerlos.

Aun así, pienso que hay algo en el maestro que persiste, lo cual me permite saber que ese otro, al que encuentro en un espacio diferente a la escuela, también se dedica a lo mismo que yo. ¿Será posible pensar que nuestros cuerpos han ido moldeándose y que la profesión se dibuja en cada espacio de nuestro cuerpo? De ser así, las preguntas que me surgen son ¿cómo fue que esto ocurrió, ¿seremos conscientes de estos procesos de sujeción o, más bien, damos por hecho que las cosas se dan sin ningún sentido?



Ahora bien, en cuanto por qué hablo de esto, es por las veces en que otra persona, ya sea maestro o no, se me acerca y me dice, como si no lo creyera, ¿usted es maestra?, a lo que yo le respondo, ¿no se me nota? Es como si el ser maestra se tuviera que reflejar en algún lado de nuestro cuerpo, como una especie de tatuaje con el que nos categorizan socialmente y nos clasifican. El ser es algo que se construye, no es algo con lo que se nace, entonces, veo que la imagen que estoy construyendo de maestra debe pasar por procesos donde debo aprender a vestirme, hablar y comportarme como maestra. Teniendo en cuenta esto, me asaltan otras dudas, ¿será que todos los maestros realizamos estos mismos procesos? ¿Habrá maestros que rompan el estereotipo y difuminen el molde a tal punto que lleguen a preguntarse: soy maestro?





Poniéndome el traje

Nunca imaginé ser maestra, no me preparé para eso, cuando llegué a serlo, no contaba con la experiencia, ni con la plata, ni mucho menos con la imagen de lo que es ser un maestro. Algunos compañeros me tildaron de loca por mi comportamiento, no daba con el perfil, estaba fuera de contexto; lo único que se ceñía a la imagen era la bata, lo cual produjo que me sintiera como si no perteneciera. Esto fue creando una especie de distanciamiento, una forma de mirarme distinto. Pasó mucho tiempo para que uno de ellos se me acercara y me dijera la forma en que me veían, para ellos era más cómodo lanzar juicios de valor de la manera en que me interpretaban. Ser tratada de esa forma produce dos cosas: distancia o deseos de similitud. Si bien mi cuerpo aún continúa estando bajo el velo del juicio de mis compañeros, por lo menos siento que ya ha sido más aceptado; creo que es porque mi cuerpo se ha ido moldeando, así sea un poco, al imaginario social que se tiene de lo que es ser maestro.



Pero, ¿qué significa eso de tener una imagen de maestro?, pareciera que ser maestro encierra una imagen, una forma de vestirse, de hablar, de comportarse. Los maestros comparten ciertos códigos corporales que los identifican y los distinguen de otras personas entre la multitud. Las prótesis sociales que vamos construyendo con el tiempo, un tipo de ropa que puede variar de desprolija a muy prolija, un tipo de corte de cabello, un tipo de bolso (grande y a veces muy pesado).

Los maestros se subdividen en categorías dependiendo de cómo se sientan con su rol de maestros, como se comprendan y hasta de su disciplina de formación. No es raro encontrar entre los maestros de sociales unos códigos distintos a los de los maestros de matemáticas o a los de las maestras de primaria. Supongo que los maestros vamos construyendo con el tiempo algunos códigos, nos vamos ajustando, encasillando, anclando. Por mi parte,

soy una maestra con algunos de estos estereotipos,
soy una maestra que no se aleja mucho a lo que puede ser una maestra cualquiera,
soy una maestra que nada entre la pecera.



El punto en la diana

Es indudable que el ser maestro te coloca en una posición diferente, te expone, te hace visible; aunque no lo desees. Por otro lado, está el ser estudiante, sentado en una silla del salón detrás de otras muchas personas, te ubicas en el lugar común de la cotidianidad, ser un rostro entre tantos rostros te da la posibilidad de estar de otra manera. Cuando se es estudiante se es del modo que quieres, no tienes la necesidad de ser visible, puedes ocultarte entre los demás. La experiencia de ser cuerpo desde la idea del estudiante te pone en dos lugares, en el que te designan y el que prefieres estar.

Ahora que soy maestra me es más difícil esconderme, ya no puedo ocultarme entre las sillas, entre los rostros, entre los otros. Ahora debo pararme al frente, colocar todo mi yo al desnudo, mostrarme tal y como soy.



¿En verdad lo hago?, creería que no, pero tampoco soy una cara vacía, es más bien el yo prefijado sumado al yo que intento mostrar. Si trato de recordar la persona que fui al pararme por primera vez frente a unos estudiantes es muy distinta a la persona que soy ahora, en ese momento era una persona insegura, incómoda en su papel de maestra, desquebrajada, asustada y temerosa. Hoy en día la persona que se para frente a los estudiantes sigue siendo algo insegura; no obstante, ya no está tan incómoda con su papel de maestra; sigue teniendo desaciertos, pero la manera como los asume está atravesada por la experiencia.

Por lo tanto, la cuestión está en el rol, en el personaje que estoy interpretando, en el cuerpo del maestro que ocupa un lugar dentro de ese espacio del aula, un cuerpo que actúa el libreto de un acto performativo llamado maestro. Debo pararme en un lugar visible del aula, debo abrir mi caja torácica y hacer que mi boca hable, debo mostrarme de todas las formas posibles: amable, fuerte, serena, firme. Debo ocultar mi otro yo, pues la obra continúa. Ser un cuerpo maestro hace que comprendas que ya no perteneces al mundo de lo privado.



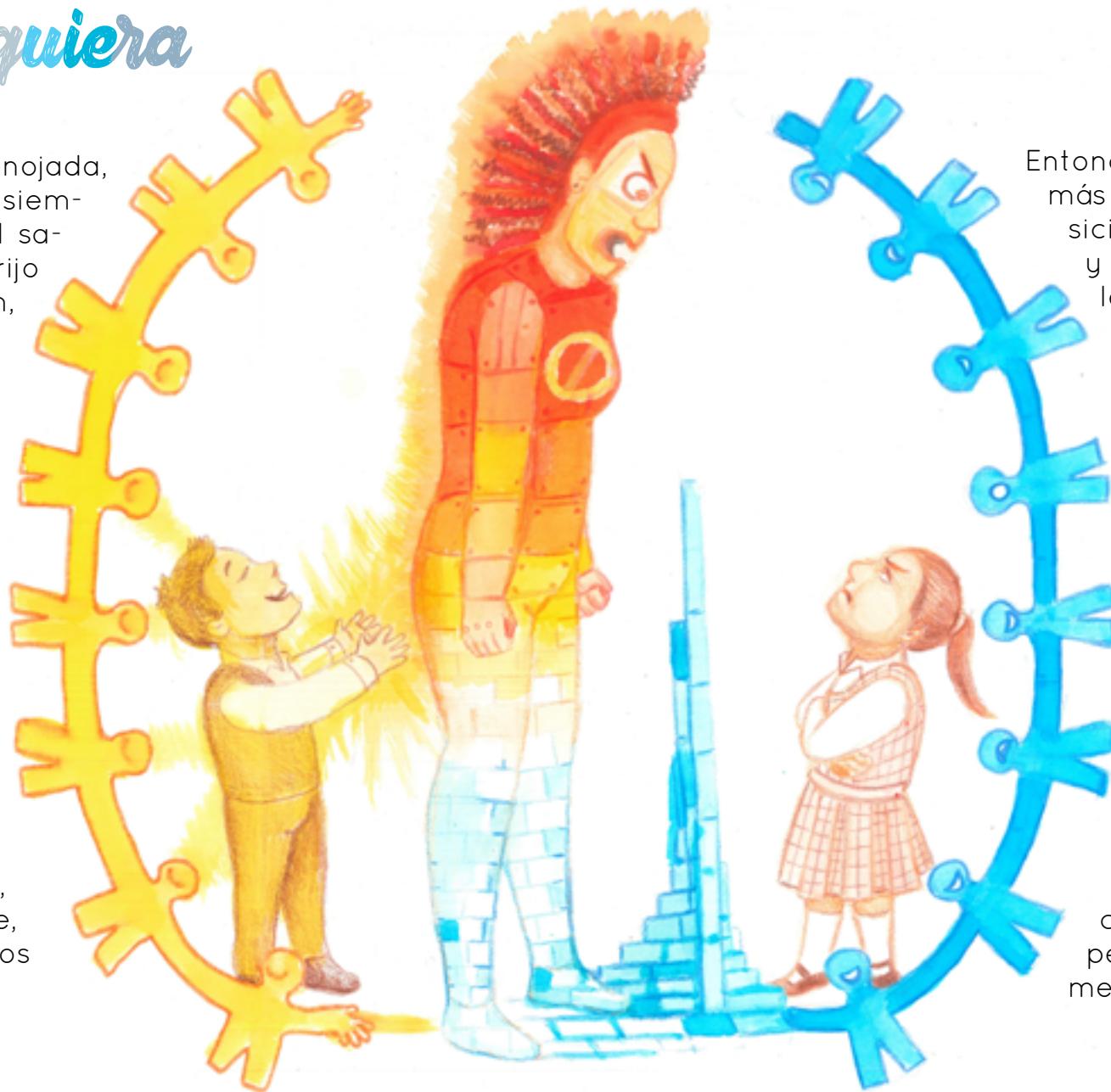
Algunos cuerpos narran que...

la autoridad está en el
ENDURECIMIENTO

Un día cualquiera

Cuando me pongo muy enojada, me convierto en otra; no siempre estoy jovial. Llego al salón, tomo un tinto y me dirijo a los niños. Ellos me miran, o por lo menos algunos, sigo hablando y cuando me doy cuenta de que no todos están prestando atención, me enojo.

Entonces hago dos movimientos: primero lanzo una mirada fija y espero que el otro se voltee y me mire; cuando veo que no funciona, lo llamo por su nombre y le hago saber que lo estoy mirando y que necesito que me preste atención. Sin embargo, hay momentos en los que, a pesar de todo, los niños continúan hablando.



Entonces, lanzo un grito muy fuerte, me enojo, hablo más duro, mi ceño se frunce y mi cuerpo está en posición de ataque, camino rápido, voy traigo una silla y me siento al lado del niño que no escuchó lo que le dije mientras sigo mirando a los otros.

Lanzo de nuevo otro grito y golpeo fuertemente la mesa.

Todos se quedan callados.

Alguno me mira con la cabeza agachada sobre el cuaderno y se ríe, pero hago como que no lo veo, otros hacen que trabajan, yo los miro y vuelvo a gritar, el niño se da cuenta que lo estoy viendo y se pone a trabajar. En ese momento sigo en la misma postura, hasta que algún estudiante suavemente se acerca y me pregunta si su trabajo está bien. Cambio el tono y le hablo suave, mientras con otros sigo con la mirada fija. Cuando vivo esta situación, mi cuerpo se agita, mi voz se pone más gruesa, y a pesar de ser un momento difícil, no es mi peor momento.

Advertencias

Cuando llegué al IED Antonio Nariño me recibió el rector con sus tantos años de vida y de docencia pegados en su rostro añejo y amargado. Tras su presentación y bienvenida me advirtió que tenía que llegar con “mano dura” y “paso firme”, pues los estudiantes de su institución no eran fáciles de manejar y me la iban a “montar” desde el inicio. Lo peor es que el miedo pudo más que mis convicciones y tomé sus advertencias como instrucciones al pie de la letra.



Salvajes

Nunca antes había percibido tanta hostilidad de los docentes hacia los estudiantes. Mis nuevos compañeros de trabajo (jóvenes y viejos, del régimen 1278 o del 2277) se referían a ellos con expresiones despectivas, peyorativas, de desprecio, fastidio o, en el mejor de los casos, con indiferencia.

Días después de mi llegada, me encontré con un colega de educación física en la sala de profesores, el cual me había dado clase en grado 11 (había decidido no recordárselo porque no tenía buenos recuerdos), quien me preguntó:

¿Cómo le ha ido con los salvajes?

A lo que yo respondí que los profes se habían portado muy bien conmigo, agradeciéndole su preocupación. Seguí mi rumbo. Minutos más tarde comprendí que les había dicho salvajes a los profesores, sin ninguna intención; pues la respuesta fue consecuencia de mis despistes. Sin embargo, no me sentía arrepentido, sino satisfecho pues había vengado a mis estudiantes.



Gusano

Mi primera asignación académica en el colegio Nariño comprendía las clases de religión de todos los cursos, desde sexto hasta once, lo cual era realmente agotador, no solo por el número de planillas y cursos a visitar, sino también, por tener que recorrer todo el colegio y sus tres pisos, verme con cada curso tan sólo una hora a la semana, orientar una clase que no me gustaba y que tampoco les gustaba a mis estudiantes y lidiar con el fantasma del anterior profesor “bonachón y vago”.

En una de estas clases en grado octavo, un estudiante comenzó a hacer preguntas, bromas y comentarios con el único objetivo de sabotear la clase. Supe su intención

desde el inicio, así que lo ignoré durante toda la hora, hasta que, llamando la atención de todo el curso, me gritó desde su puesto:

La sangre me hervía y solo podía pensar en groserías como respuestas; así que opte por callar, mirarlo a los ojos, levantar una ceja y mostrar indiferencia. El resto del grupo me miraba asombrado, en algunos ojos veía un cuestionamiento por no hacer nada al respecto. Di por terminada la clase y me retiré. Estaba furioso e indignado.

Al cabo de unos minutos volví con el rector y la coordinadora, había llamado a los padres de familia del implicado y disfrutaba de las sanciones que le anunciaban las directivas.

Me había convertido en alguien totalmente desconocido para mí.



Hay cuerpos que ...

se dejan **Ablandar** por los
estudiantes

¡El colmo!



Anoche, a las 7:30 p.m., recibí una llamada de una profesora de tercero pidiéndome que fuera al colegio porque uno de sus estudiantes no había sido recogido por sus padres, así que la policía de infancia y adolescencia solicitaba la firma de un responsable. Como el coordinador no respondió las llamadas que le hicieron en el transcurso de la tarde y noche (ese es un mal hábito de él), tuve que responder e ir yo. Llegué lo más pronto posible, pero la policía ya se había llevado el niño. ¡uichhhhh! Realmente no me demoré más de media hora; eso es poco teniendo en cuenta el tráfico y lo lejos que queda el colegio de mi casa, en un barrio de Ciudad Bolívar (zona marginalizada al sur de Bogotá). El caso es que como se llevaron al niño, no pude darle comida, solo había comido el refrigerio de la mañana (según la profesora de la tarde). Esto me pareció el COLMO ¿Será que un docente se empobrece si compra un almuerzo para ofrecerlo a un estudiante?

¡Estoy indignada!

Fui al CAI a averiguar por el niño (que no conozco), pero allí me informaron que ya lo habían llevado a un hogar de paso. ¡Qué triste! He trabajado en estas instituciones y sé lo duro que es para los niños al inicio (y para muchos hasta el final). Llegué a casa a las 9:45 de la noche

Acabo de recibir la noticia de que el padre fue por su hijito anoche a las 11:00 p.m. y se lo entregaron. ¡Qué felicidad! El señor informó que le pagaba a una señora para que lo recogiera y que a ella se le había olvidado.

Un giro inesperado

Aunque la espalda y la garganta me duelen mucho y tengo el pecho con un poco de obstrucción; menos mal no fui al médico. Hoy pasó una situación muy difícil con dos de mis niñas.

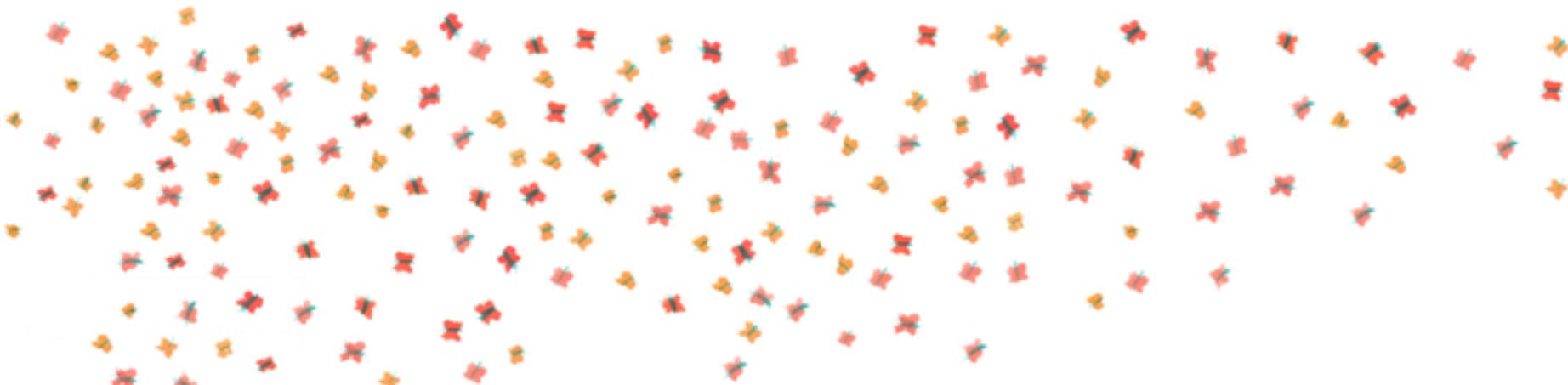
Cuando los niños entran al colegio yo siempre me encuentro esperándolos en el salón. Al llegar, Camila se me aferró al cuello abrazándome muy fuerte y empezó a llorar. No sabía lo que le había pasado y, sin embargo, yo ya tenía un nudo en la garganta y el corazón arrugado. Debía ser algo grave, porque si algo caracteriza a Camila es su alegría. Cuando me contó, hice todo lo posible para no llorar, no para evitar que me viera hacerlo, sino para darle fortaleza porque sentía que con llorar no le ayudaba. Realmente fue un suceso muy duro, la niña estaba destrozada y su primita Luisa también. ¿Cómo no sentir tristeza y dolor cuando tus estudiantes se sienten mal?

La mamá de Camila intentó suicidarse. Ella es una de las madres de familia con las que más cuento, ella es muy responsable, atenta y ante todo pendiente de su hijita Camila, pero esta mamá hace un tiempo me había expresado algunas dificultades de tipo económico y familiares. Nunca llegué a imaginar que las cosas estarían tan difíciles para ella.

Después de enterarme de la situación llegué a cuestionarme mucho, entre otras cosas que no sabemos todo lo que los demás llevan auestas. ¿Cómo evadir emocionalmente estos acontecimientos y realidades de nuestros niños?

Mi dolor físico ha pasado a un segundo plano, en este momento es otro tipo de dolor, resulta indescriptible porque no sabes realmente dónde duele más. Sí, por fortuna vine a trabajar, no será mucho, pero mis niños pudieron despejarse un poco aquí en el colegio y expresar lo que sentían. No sé si será poco o mucho, pero resulta suficiente para mí.





Mi deseo por enseñar en preescolar

Recuerdo cuánta emoción generaba ese primer día de colegio a mis cortos 5 años. Me emocionaba la idea de colocarme mi uniforme, el olor de los cuadernos, los lápices nuevos y mi lonchera de color rosa pálido en la que llevaría un poco del amor de mi madre al que sería mi “segundo hogar”. Pero lo que más expectativa me causaba era conocer a la profesora, casi mi segunda mamá, y a los compañeros con los que compartiría la mayor parte del día.

Que aprendería muchas cosas nuevas, decía mi padre.
Que estaría muy feliz, jugaría y haría muchos amigos,
decía mi madre.

Donde quería permanecer por siempre, según yo.



Por fin llegó ese primer día. Mi madre no tuvo que llamarme una segunda vez para levantarme en la mañana, pues me desperté entusiasmada y feliz, no tardé en bañarme, vestirme y desayunar porque quería que me llevaran pronto a estudiar. Al llegar allí, di un beso rápido y un corto abrazo a mi madre y me apresuré a entrar a mi salón. Lo primero que noté fue que no tenía los colores, ni la luz que me había imaginado; algunos niños lloraban y yo no entendía por qué (tal vez no sabían que la íbamos a pasar muy bien); mi segunda mamá, lucía grande, pesada y realmente no tan cálida como la había soñado, al verme solamente dijo: “siéntate allá” señalándome un pupitre frío y lejos de ella.

La jornada se desarrolló entre juguetes en el suelo, algunos intentos de cantos, juego libre y, a veces, brusco. No hubo presentaciones, muestras de acogida o afectividad, por el contrario, la profesora se mostraba malgeniada, poco tolerante ante algunos comportamientos de los niños y gritaba mucho.

Con los días, se sumó a la lista, las largas e innumerables planas de las letras y los números, también los castigos corporales ante cualquier infracción. Todo esto generó en mí miedo de estar en mi salón de clases y entonces fui yo la que quise llorar.

Hoy creo entender que desde allí nace mi deseo por enseñar en el preescolar. No entendí en ese momento, y aún hoy, por qué esta aula no puede ser el hermoso lugar que yo me imaginaba cuando niña, con colores, cuentos, dinámicas, etcétera, y a la vez un espacio de feliz aprendizaje entre cariño, afectividad, cordialidad y sana convivencia. Todavía tengo marcado en mi recuerdo y en mi corazón la decepción de mi primer año de colegio; por eso yo quiero marcar las vidas de mis niños, pero afectuosa y gratamente. Entiendo hoy que para muchos de mis estudiantes mi aula es casi su hogar y por momentos el único espacio en el que reciben un abrazo, una palabra cariñosa y un gesto de amor.



La Fiesta soy yo

A Frida le preguntaban los niños en la calle por el circo. Era tal vez su forma de vestir, su forma de peinar, el mico en su hombro... no sé. Paso con los monociclos y con los zancos, yo igual que Frida no soy del circo, pero soy la fiesta.

-Profe, ¿sumercé sabe monociclo?

- No mi amor, yo en un monociclo sería como la osa de Madagascar. (risas). Si, es cierto, yo no monto nada de eso, pero lo traigo aquí.

- Y entonces ¿Cómo aprenden profe?

- Apretando nalga y echando pa'lante, sin dejarse romper la trompa.

La soledad me hizo volver al circo. Los siento más cerca. El patrimonio se vive y se huele, ¡qué alegría!, me siento orgullosa de mí porque soy lo que quiero ser.



El Reto

Había pasado un par de meses y aún no lograba encajar en mi nuevo trabajo. Temía salir de la sala de profes y recibir un balonazo, un golpe o una amenaza. Hasta que un día decidí salir del edificio y atravesar el patio de juegos para ir a la cafetería. Cuando iba pasando junto a un grupo de niños que saltaban lazo, uno de ellos me invitó a saltar, pero antes de responder, otro chico, delgado y pecoso, le dijo a su compañero que no perdiera el tiempo, pues yo no aguantaría ni dos saltos. Sorprendentemente no me sentí ofendido, sino que tomé el comentario como un reto. Entonces, me apunté la bata y aseguré el celular en un bolsillo apretado. Luego me dispuse a saltar como hacía años no saltaba.

Agua, sal, pimienta, candela
¿Cuántos años tiene su abuela?
Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Los niños contaban a coro y la cuerda me rodeaba a tal velocidad que no lograba verla y tenía que seguir brincando por inercia. El coro gritaba cada vez más emocionado y el juego terminó solamente cuando quienes batían el lazo se cansaron de hacerlo. Gritos de triunfo y brazos arriba con puños de victoria. No me había fijado, pero mientras saltaba, estudiantes de todos los cursos habían llegado a ver la hazaña y celebraban conmigo la victoria. Es increíble, pero de ahí en adelante me saludaban sonrientes por el pasillo, chocaban las cinco y yo sentí que era un profe nuevo, totalmente diferente al prevenido y malhumorado que había sido en las últimas semanas.

Algunos cuerpos
se narran...

~~Despojados~~ de todo
valor docente por otros
docentes.



Un amigo no lastima de esta manera

Hoy me desperté con el corazón profundamente lastimado, mientras escribo estas palabras mis ojos lo demuestran. Ayer fue un día difícil en el colegio, mis compañeras organizaron una reunión con el coordinador a la que fui invitada.

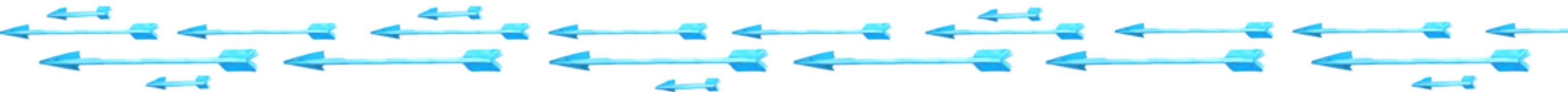
La reunión trató básicamente de mis debilidades laborales, debilidades en las que todas hemos caído. Me sentí atacada y profundamente adolorida. Y aunque el coordinador al final se quedó para conversar sólo conmigo, supuestamente como mi “amigo”, el daño ya estaba hecho. En esta reunión se evidenciaron los micropoderes instaurados en la escuela, que pasan por los estudiantes y, también, por los y las docentes.

El maltrato al que fui sometida es inmenso, me siento mal, muy mal! Una sensación de intranquilidad se apodera de mí cuando pienso en que tengo que llegar a trabajar el lunes como si nada hubiese ocurrido. No quiero verlas, ni hablarles; lo único que quiero es no tener que compartir el mismo espacio con ellas.

Ellas eran mis “amigas”, o eso decían ser. “Un buen amigo hace este tipo de cosas” -decían-, y yo sinceramente creo que un amigo no lastima de esta manera.

Al coordinador le dije que la manera como se organizó la reunión no fue adecuada porque fue un señalamiento por parte de tres compañeras hacia mi trabajo y no un espacio donde todas tuviéramos la oportunidad de decir en qué fallábamos, porque todas hemos fallado.

Me siento profundamente herida, terriblemente lastimada. Me siento con pocas fuerzas para enfrentar esta situación. Al terminar la reunión me temblaba el cuerpo, tiritaba, aunque me sentía caliente. Hoy sigo con una sensación de fragilidad. Sé que esta situación servirá para fortalecerme y que con el pasar del tiempo la miraré desde otra perspectiva, pero ahora estoy muy sensible, me siento con poco ánimo. He participado en escenarios maravillosos donde me respetan y me reconocen, pero en este espacio...mmm... no lo he sentido.



En cambio, esta reunión terminó siendo la exposición de un memorial de agravios que tenía nombre desde el inicio. No quisiera ir a trabajar el lunes, no tengo ganas. A pesar de que, a mi parecer, he venido haciendo un buen trabajo y de que los padres y los niños se sienten complacidos; las dinámicas internas no han sido fáciles. Si tuviera un trabajo alterno renunciaría de inmediato.

En mi corazón siento que quedó guardada esta situación y creo que debe estar allí, para que no se me olvide. Mientras lucho, quiero ser fuerte porque suelo perdonar fácilmente, pero no puedo permitirme olvidar; eso implicaría asumir esta situación, como si nada hubiese pasado, ¡y...sí que pasó!

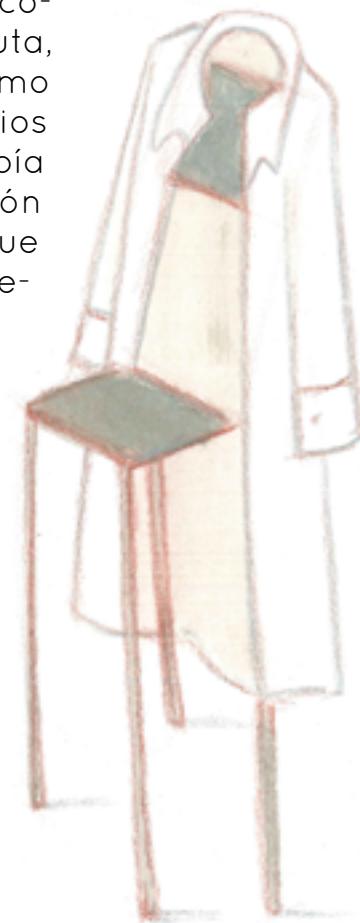


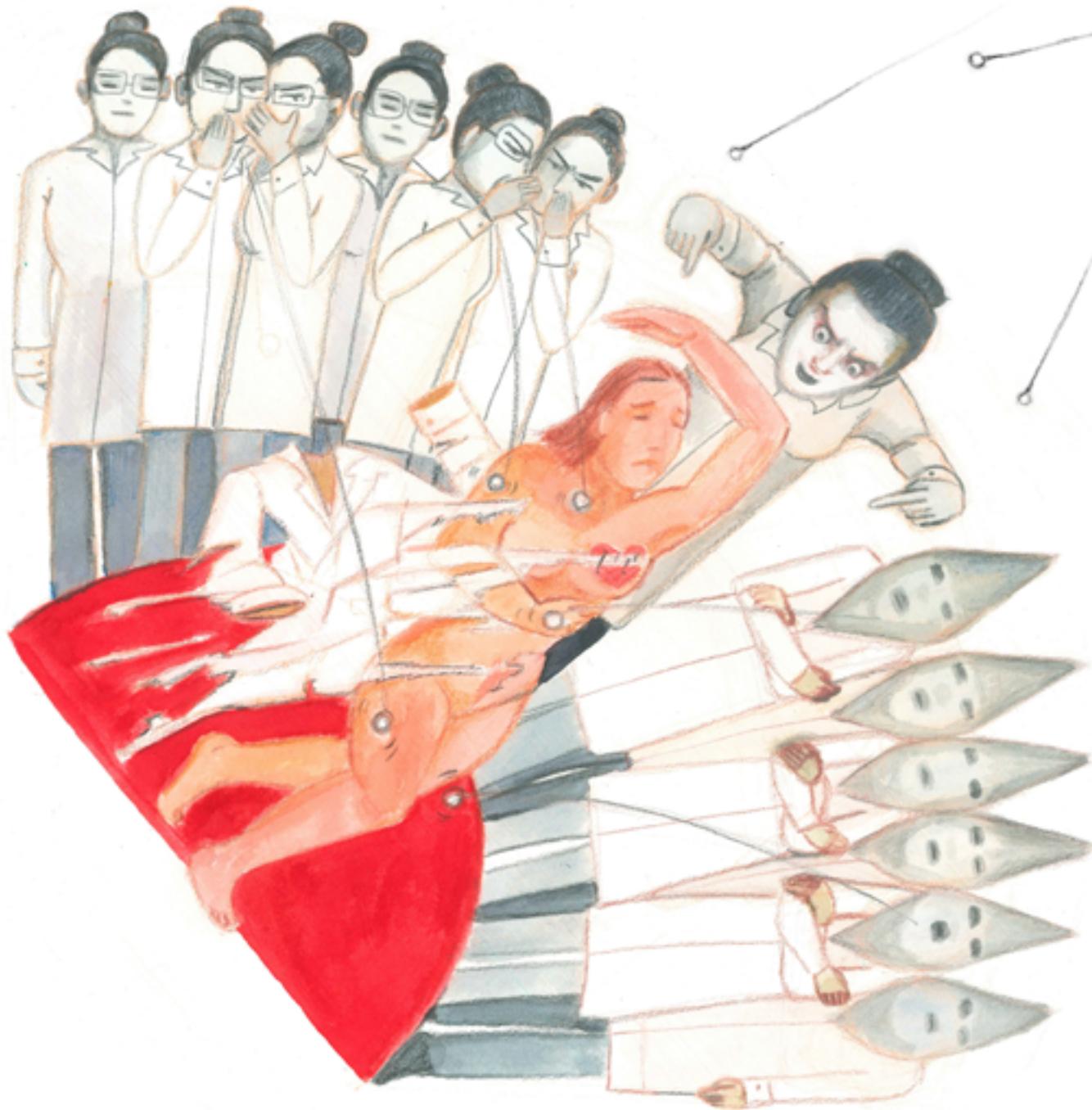
El niño rebelde de la clase

Al siguiente año de haber llegado a trabajar al colegio público, llegó una nueva rectora, joven, astuta, con un discurso alternativo, pero con un grandísimo defecto: se había dejado influenciar por comentarios malintencionados de la coordinadora. Así que había llegado prevenida con todos. En su primera reunión de profesores realizó una serie de advertencias que cuando llegó el momento de las intervenciones, levanté la mano para contradecir o aclarar algo de su discurso. No importa lo que se haya dicho hasta entonces, lo que me sorprendió y me indicó que no sería fácil expresarme de ahí en adelante fue lo que ella me respondió:

ise está comportando como el niño rebelde de la clase!

Había sido identificado, clasificado y etiquetado. Lo que vino después fue persecución.





Una experiencia que no he podido olvidar

Había sido una tarde soleada y los estudiantes no habían tenido que ir al colegio, cuando fuimos convocadas las docentes de primaria a una reunión extraordinaria por parte de la coordinadora, quien me señaló y dijo:

-Profesora, ¿qué es lo que tiene que decir?

- ¿Decir acerca de qué? -Respondí asombrada-.

- Sobre la reunión que solicitó porque, según usted, yo no había dado una información completa.

Con esta acusación inició la reunión. Ella hacía referencia a una solicitud que yo había hecho aproximadamente un mes atrás para comunicar una información abordada en el Consejo Académico, al que yo pertenecía, que la coordinadora omitió en la última reunión con las profesoras de primaria. En ese momento mi mente quedó en blanco, no recordaba el dato ni tenía a la mano el cuaderno donde estaba apuntado.

Mi sorpresa fue mayor, cuando le dio la palabra a una compañera quien me señaló delante de todos, diciendo que todo lo que yo había dicho era mentira. No sabía de qué hablaba ella. Cuando me estaba insultando, parecía que los ojos se le fuesen a salir de órbita, como en los dibujos animados del "pájaro, y yo sentía que el mundo se me caía encima. La coordinadora calló dejando que me tratara como lo peor, mientras las miradas de todas mis compañeras querían decir ¡Culpable! ¡Culpable! Me sentí como la mujer a la que querían apedrear.

Me sentí como Cristo. Con cada palabra que pronunciaba, me desgarraba la piel por pedacitos, pisaba mi nombre una y mil veces, mis ideas bonitas me las desdibujaba y lo que había hecho a nivel artístico me lo desbarataba en un segundo, desboronando cada una de las cosas maravillosas que había llegado a realizar durante tres años en la institución. De tal manera que no pude contener la ira, la ansiedad, el dolor, el susto, la intranquilidad, la humillación, las lágrimas; sentimientos encontrados por todo lo que decía y en la forma en que lo hacía.

Solo una persona dijo algo al verme tan desosegada, lo hizo para hacerme sentir bien; pero ya no había nada que hacer. La compañera continuaba diciendo que yo había hecho corrillo para que hablaran de ella. Yo me preguntaba: ¿de qué está hablando ella?, ¿yo qué hice?, ¿qué dije?, ¿con quién hablé y de qué?, ¿por qué me decía eso? En ese instante, comprendí lo que me dijo la rectora en la evaluación docente: "en las reuniones uno no puede decir todo lo que se dice en los consejos, solo lo necesario". A mí se me había hecho extraño su comentario hasta dicho acontecimiento.

Aunque he tratado de dejar de lado esa situación, no he podido. En ocasiones recuerdo ese momento en que sentí que no valía nada y lo experimento en mis entrañas como si estuvieran socavando mi cuerpo y no le encontrasen fondo como las ratas que escudriñan por todo lado; mi cuerpo se deshace, se desvanece y mi cabeza siente que va a explotar: es algo muy absurdo. Pienso en lo ilógico que es recordar aquello que había sucedido seis años atrás y que todavía me persigue, abriendo las heridas de nuevo.

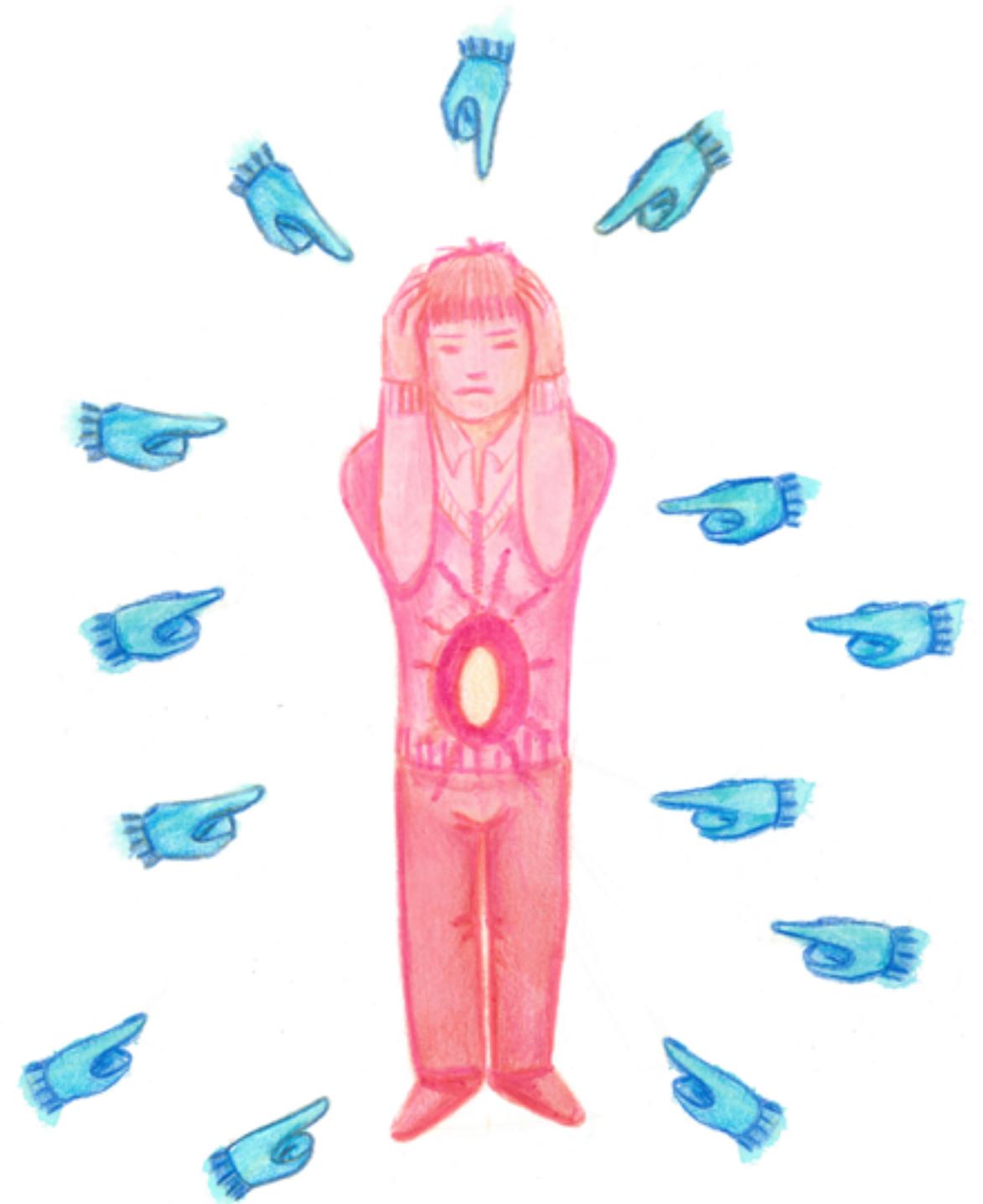
Hay quienes se narran...

ocultando sus **colores**
tras la blancura de la bata docente.

¿Me iba a meter otra vez en ese infierno, ahora como profe?

Empecé a estudiar una Licenciatura porque no tenía muchas opciones. Antes de esto había empezado a estudiar una Tecnología en Electrónica, pero no me acoplé y como tenía que seguir en una universidad pública me presenté de nuevo en el siguiente semestre y entre tres opciones (ingenierías, licenciaturas o tecnologías) es evidente la que elegí. Esta elección se afinó al diligenciar el formulario marcando al azar la X en ciencias sociales, algo que fue duramente criticado por algunos de mis futuros compañeros que tenían claro -mucho antes de nacer, quizás- que iban a ser los próximos teóricos sociales. ¡jump!

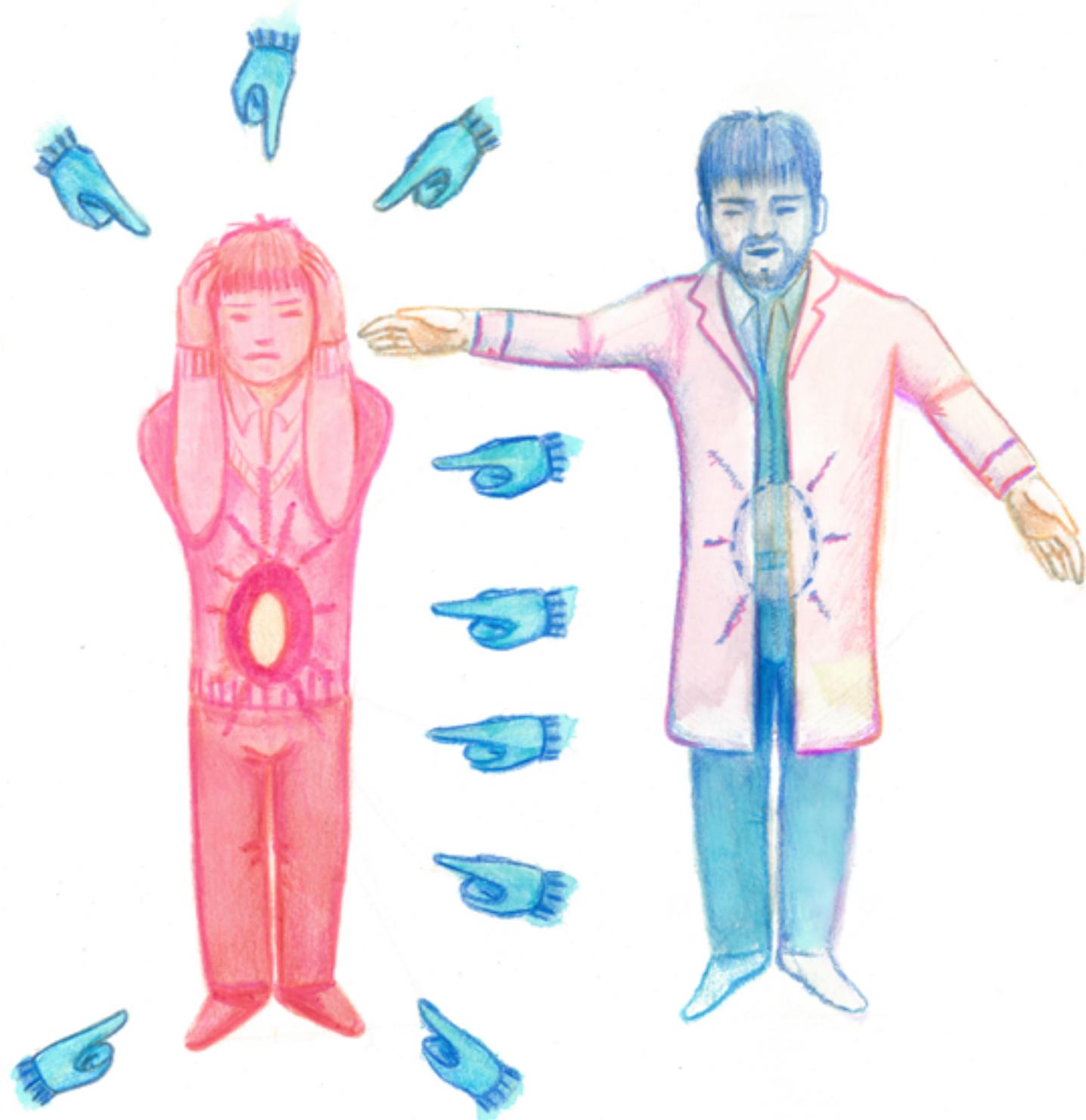
Mientras esperaba la publicación de los resultados fue cuando empecé a caer en cuenta de en qué era en lo que me había inscrito. Años atrás había tenido experiencia con la enseñanza, pues durante mis últimos años de secundaria trabajaba tres tardes a la semana como tutor en un centro estudiantil haciendo asesoría de tareas y talleres de capacitación a chicos de grados inferiores, pero la experiencia no fue la mejor, aunque aprendí lecciones que me han servido mucho.



Como mi recuerdo fue más negativo que positivo, empecé a vivir momentos de mucha ansiedad: una sensación de intranquilidad acompañada de algunos “corrientazos” que arrancaban en el estómago y recorrían todo el cuerpo. Esta fea sensación se mantuvo durante buena parte de la carrera universitaria y se avivó durante mis primeras prácticas docentes. Otra causa de esta situación fue mi paso por el colegio que tampoco fue muy agradable, no fueron pocas las veces en que sufrí los comentarios, las burlas e incluso las agresiones que otros me hacían por mi forma de ser, ya que soy “amanerado” y tengo un timbre de voz femenino. Creo que esto es algo que me impedía pasar desapercibido y producía muchas reacciones, algunas muy ofensivas, que prefiero olvidar. Entonces,

¿me iba a meter otra vez en ese infierno ahora cómo profe?

No tenía otra opción. Cada vez que lo pensaba me aterraba la idea de tener que pasar otra vez por esos desagradables momentos en los que me sentía tan incapaz de responder a esas maneras despectivas con las que me llamaban (incluso en este mismo momento todo el cuerpo se conmueve al recordarlo). Con el tiempo me gustó e interesó el complejo mundo del análisis social y yo no tenía un mal desempeño en las materias, simplemente dejaba de pensar en esas angustias porque tenía que seguir estudiando.



La cosa no pintaba Tan mal



El momento que más me aterró durante la carrera universitaria fue cuando empecé las prácticas docentes. Las primeras clases las tuve con chicos de sexto o séptimo, no recuerdo muy bien. La profesora titular era una mujer más o menos amable y más o menos descarada; veía en los practicantes la ayuda perfecta para obtener tiempo libre y no tener que permanecer en el salón de clases como era el acuerdo de las prácticas pedagógicas.

En ese entonces me veía como un chico de once, quizá por esto a la entrada del Colegio me preguntaban por mi uniforme y los chicos me trataban como si fuera uno de sus compañeros mayores. A pesar de esto, el día que tuve que volver a entrar a un salón de clase, fue uno de los momentos con mayor ansiedad y miedo que he vivido: me sudaban las manos, aunque como raro, esta vez me temblaban un poco. Las primeras palabras fueron un poco inseguras, pero tratando de guardar un tono de autoridad. Varios chicos dispersos no prestaban mucha atención o no me tomaban en serio, pero poco a poco conseguí que se sentaran y, por supuesto, logré llamar su atención.

Les recuerdo como niños amables. Mientras estuve con ellos, los únicos momentos en que sentí algo de incomodidad fue cuando algunos preguntaron si tenía novia o cómo me gustaban las mujeres. Quizá lo hacían con malicia, pero trataba de contestarles con tranquilidad mientras me sonrojaba un poco; les decía que no tenía y que lo que más me gustaba era que fueran inteligentes y juiciosas. Algunas veces escuche algunos rumores que me mencionaban, pero creo que era normal. Empecé a sentir que la cosa no pintaba tan mal.

Angie



Ser un profesor gay no me ha resultado fácil. Intento ocultar mi orientación sexual detrás de conductas heteronormativas. Temo que por marica deje de tener autoridad, pesque algún problema con uno de mis retrógrados compañeros o los padres de familia me acusen de algo que no sea verdad. Así las cosas, soy un profesor gay que evita parecer gay. Cómo si ser gay tuviese una manera específica de ser.

En una clase de religión, con un grado décimo, una estudiante tomó la palabra para opinar sobre el tema de la clase: "religiosidad vs espiritualidad". Ella habló de cómo ser abiertamente lesbiana le había traído muchos problemas con su familia y rechazos de la sociedad, pero que se sentía orgullosa de ser quien era y no iba a ocultarlo nunca para darle satisfacción a nadie.

¡Quise ser tan valiente y empoderado como ella! ¡Quise decirle que no estaba sola, que yo también era gay y temía a la discriminación! ¡Quise ser libre por lo menos con ese grupo de estudiantes!

Pero solo atiné a decirle que era muy valiente y elocuente. Luego me fui con un nudo en la garganta.

Hay quienes narran que ...

al perder sus ilusiones
asumen una

**CARGA
EMOCIONAL**

Cada vez más exhausta

Soy titular del curso 402 y llevo a cabo un proyecto de aula cuyo eje central es la convivencia. Llevo más de 6 años trabajándolo, pero cada vez más exhausta.

Desde que entramos de vacaciones, los niños me han estado incumpliendo con las tareas, las actividades propuestas y los materiales requeridos; esto realmente dificulta de múltiples formas el desarrollo de las planeaciones. Siento desilusión, cierta desesperanza por la falta de colaboración de algunos padres y también por el comportamiento de los niños. No sé si estoy sensible auditivamente, pero en ocasiones creo que mi tolerancia disminuye significativamente. Esta semana, también me encuentro en acompañamiento, lo que implica un poco más de energía vocal, de atención y disposición. Hoy me siento muy agotada.



¡Hasta el cuello!

Hoy me siento agotada, el frío es abrumador. Tuvimos durante la jornada unas actividades lúdicas que no requirieron sino acompañamiento, sin embargo, estoy exhausta.

Hoy mi grupo estuvo realmente insoportable. No interferí, ni opiné en las actividades y organización que traía la fundación que nos visitó, permití que manejaran el grupo como les pareciera y fui simplemente una observadora. Los jóvenes que lideraron la actividad se quejaban mucho de la indisciplina y la falta de respeto de los estudiantes porque no hacían silencio.

En un momento me aburrí más las críticas de estos jóvenes que la misma indisciplina de mi grupo. Llegaron a compararlos con otros, aspecto que me molestó y no dudé en expresarlo a los jóvenes al terminar la actividad. Así mismo, hablé con mi grupo con tono de desilusión, ya que mi proyecto de aula se refiere a estos aspectos: buen trato, respeto, mejores relaciones, etcétera. Estoy muy triste, en ocasiones siento que tanto trabajo y esfuerzo se van a la basura en cualquier momento.



Un proyecto que va perdiendo el pulso

Son las 8:40 am y ya tengo dolor de cabeza. Lo mejor de todo es que programé un taller para el manejo de la ira con mi grupo, se trata de mi proyecto de aula (yo soy: pensar positivo), pero cada vez estoy más agotada de trabajar convivencia y paz cuando mi paciencia la tengo por el suelo.

Es el colmo, hoy apenas llegué al cruce a tomar la buseta para subir a Ciudad Bolívar me encontré con una compañera docente, ella orienta inglés a mi grupo. 6:00 a.m. y desde ya recibiendo quejas sobre la falta de compromiso y responsabilidad de mi grupo frente a las tareas y actividades; la profe sentencia que “más de la mitad del curso va a perder inglés”. Ufff... “Qué buena noticia”.



Hay cuerpos que...

por dentro **sufren**
mientras ejercen la
profesión.



“Se trata de estrés”

El proyecto que llevo desarrollando en el CEDID Ciudad Bolívar parte del clima emocional de los estudiantes y busca mejorar la convivencia, la autoestima y la seguridad; el eje es el aprendizaje apreciativo y el cuerpo como territorio de Paz. Este proyecto de aula inició en el 2011 y ha sido un hermoso proceso, sin embargo, este tipo de proyecto requiere mucha energía física y, ante todo, emocional por su esencia.

En el año 2013 llegó el momento de cuestionar mi práctica pedagógica. Inicé con un cansancio físico bastante fuerte por lo cual me hicieron exámenes médicos concluyendo que tenía problemas con la tiroides. Me invadían las migrañas, el decaimiento y un mal temperamento que generaba inconvenientes con mis hijos. Los síntomas persistieron y empeoraron, ahora la espalda y la columna dolían intensamente, no estaba durmiendo bien, me despertaba cada 10 o 15 minutos y no volvía a conciliar el sueño fácilmente, sencillamente, no lograba dormir en toda la noche. Era tanta la dificultad y la rabia que esto me estaba generando que optaba por ponerme a trabajar en el computador, pues trabajaba medio tiempo en una universidad. Continué de esta manera por varios meses.

En el 2014 el cansancio era indescriptible, la rabia por no poder descansar era enorme, los dolores seguían y aumentaban, pero tenía tanto trabajo entre el colegio y la universidad que no me daba tiempo para nada más. Me remitieron a medicina laboral, psiquiatría y neurología, con lo que empecé a escuchar una constante común entre los profesores: se trata de stress.

El cansancio me llevó a tener bloqueos, se me olvidaban las ideas, los términos, la secuencia o ilación de lo que hablaba: quedaba en blanco, literalmente, en blanco, era muy confuso comprender lo que me estaba sucediendo. Continué con mi proyecto de aula, pero no tan emocionada como siempre, me faltaba energía. Procuraba que el pésimo estado de salud por el cual estaba atravesando no afectara mis clases. Me cuestionaba todos los días. Comencé a practicar Yoga con más juicio intentando controlar mis emociones, pero no era fácil. La falta de sueño o más bien la alteración del sueño que experimentaba se estaba convirtiendo en un total infierno. Llegaron días en los que temblaba en la noche; sentía un desespero que nunca había sentido y mi corazón andaba acelerado. Inicé terapias de sicología, el diagnóstico: trastorno de ansiedad.

El desespero y la tristeza seguían aumentando, el cansancio ya no era solo físico, pasó a ser emocional, ya no toleraba nada, no me aguantaba ni a mí misma. Mi autoestima estaba bajando porque me sentía débil, poco coherente y poco consecuente con toda mi vida y con mi proyecto de aula. Los talleres del proyecto dieron un viraje buscando no desgastarme tanto durante las actividades.

¡Ohhh!, ese tiempo fue muy duro: era maestra titular de un grado primero, el proyecto de aula, los padres que no se comprometen y no apoyan en las tareas de sus hijos, creyendo que los profesores somos unos magos para que sus hijos pasen a segundo leyendo y escribiendo.

Con el tiempo comenzaron unos tics en la cara, principalmente en los párpados, sentía un adormecimiento en la cara que me preocupaba por mis antecedentes médicos familiares: mi abuelita paterna sufrió una trombosis, enfermedad que la dejó paralizada en una cama durante muchos años. Así que empezó a embargarme el miedo, no imaginaba que una mujer tan fuerte como yo estuviera pasando por aquella situación; me he considerado muy fuerte, pero todo se estaba yendo al hueco. Surgió un nuevo diagnóstico: depresión.



Un día sentí un adormecimiento prolongado en la cara y parte del cuello, el neurólogo me dijo que debía cuidarme de una parálisis facial, me medicó con tantas cosas que preferí no pedir ningún medicamento; evito tomar fármacos. Llegó el día de la cita a psiquiatría, honestamente pasar por allí fue una porquería, el médico parecía más inestable de lo que yo podía estar, realmente la cita fue horrible. El “doctor” me preguntaba, me cuestionaba, me obligaba a decir que estaba deprimida. No aguanté y solté el llanto. Entonces este señor optó por decirme que debía hospitalizarme. No sé qué pretendía, yo no consideraba estar TAN MAL mentalmente, el caso fue que le respondí que conocía mis derechos y él estaba errado, que me estaba presionando y no lo iba a permitir. Me incapacitó un mes.

Era 9 de febrero y yo estaba incapacitada (terrible inició de año), me daba vergüenza y los miedos estaban ahí latentes esperando cualquier oportunidad para comerme y acabarme, me sentía muerta en vida. Me tomé la incapacidad en las actividades del colegio, pero no en las de la universidad, sentía que tenía que ocuparme en algo. Terminé la incapacidad un poco más tranquila, y después empecé a asistir a terapias de acupuntura para el manejo del dolor en la nuca y la espalda.

Actualmente, algunos dolores continúan y, ocasionalmente, paso las noches en vela; pero me siento mejor conmigo misma y retándome frecuentemente para no llegar a tomar un solo medicamento. Sigo teniendo altos y bajos que hacen parte de lo que sucede en el día a día; a veces las cosas no fluyen como yo quisiera, pero debo comprender que todo ocurre por algo. Todo tiene un sentido que posiblemente no comprenda inmediatamente.



Crónica de la enfermedad

Otro festivo, mis amigos estuvieron conmigo el fin de semana.

Otra vez a trabajar obligados. No sirvo para que me manden.

Yo enseño por gusto, un poco de mucho sol.

Mural, un poco de alcohol y risas. Llegó el domingo en la noche,

la cabeza me da vueltas. Duerma mamita a ver.

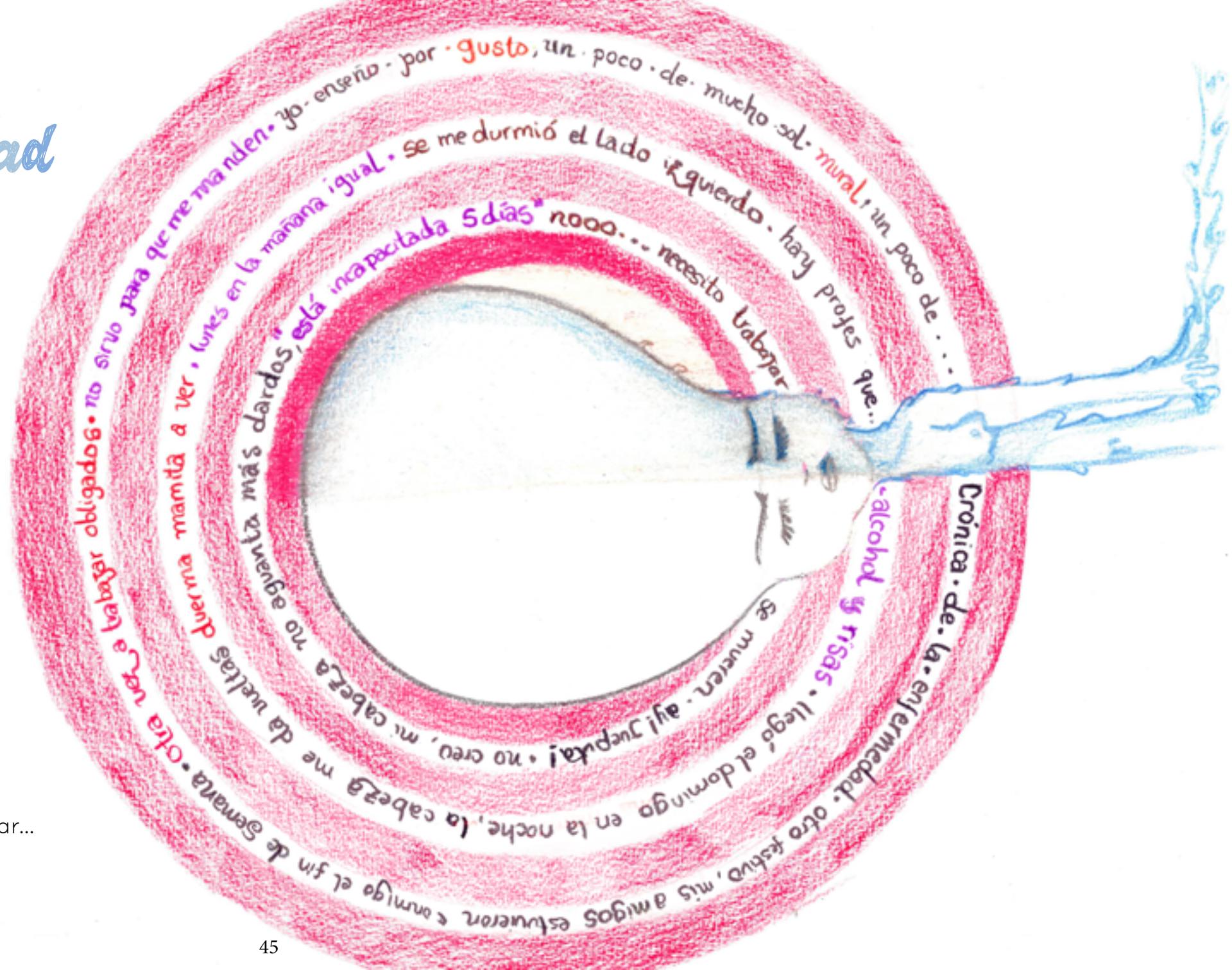
Lunes en la mañana igual. Se me durmió el lado izquierdo.

Hay profes que se mueren.

¡Ay, Jueputa! No creo.

Mi cabeza no aguanta más dardos

“está incapacitada 5 días”. Noooo, necesito trabajar...



Show must go on...

Hoy apenas dormí como 3 horas, no me quiero levantar.

Siento peso, mucho peso sobre mí.

Pero nada, asumo *mi vida con muchas... pero sola.*

¡Un momento!, tengo clase con 801, me toca correr.



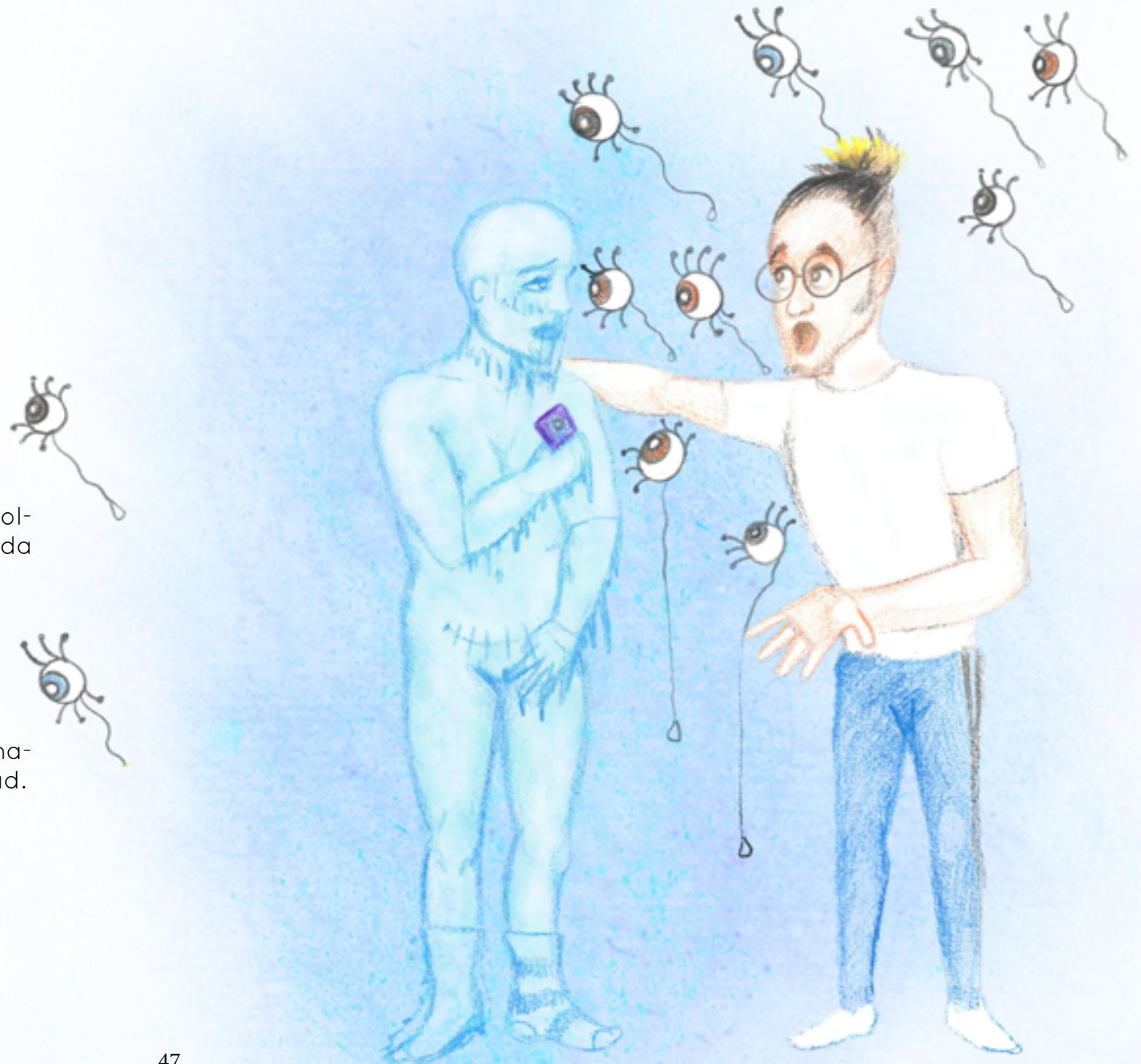
Un chaparrón de realidad

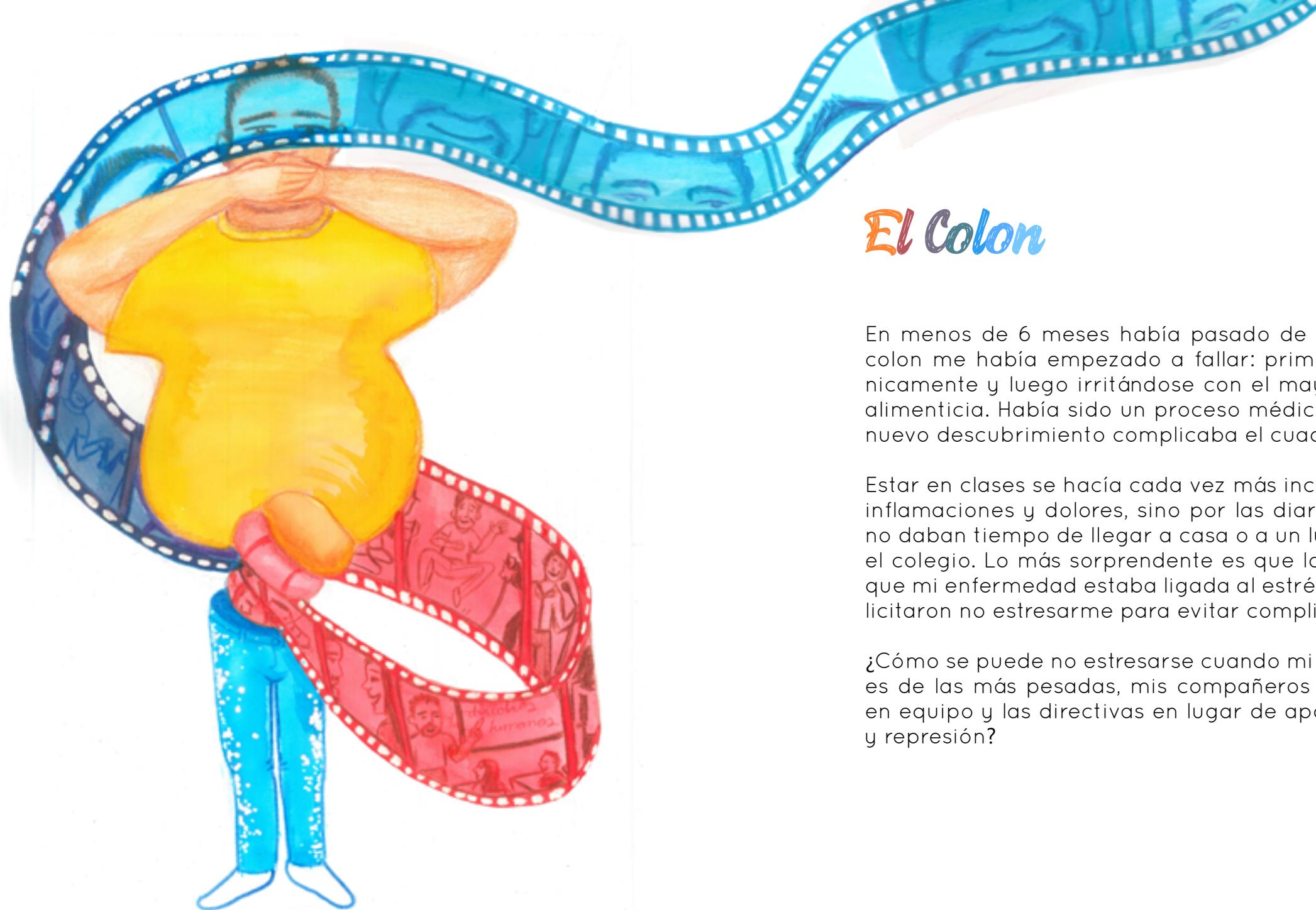
Sentí frío, era el frío de la ausencia. Sentí miedo, miedo del olvido. Me quedé allí con un chaparrón de realidad, de esa vida doméstica que no se habla.

-¿Qué pasó mi profe bella?, te quedaste blanca.

-Nada mi amor, algo aquí en el whatsapp.

Me sentí antártica, desnuda, con las manos heladas. El estómago se encogió y supe que llegó el fin de mi hogar, el de verdad.





El Colon

En menos de 6 meses había pasado de pesar 87 a 70 kilos, el colon me había empezado a fallar: primero, inflamándose crónicamente y luego irritándose con el mayor cambio en la dieta alimenticia. Había sido un proceso médico largo en el que cada nuevo descubrimiento complicaba el cuadro de la enfermedad.

Estar en clases se hacía cada vez más incómodo. No solo por las inflamaciones y dolores, sino por las diarreas intermitentes que no daban tiempo de llegar a casa o a un lugar más tranquilo que el colegio. Lo más sorprendente es que los médicos aseguraron que mi enfermedad estaba ligada al estrés y, por lo tanto, me solicitaron no estresarme para evitar complicaciones.

¿Cómo se puede no estresarse cuando mi asignación académica es de las más pesadas, mis compañeros no conocen el trabajo en equipo y las directivas en lugar de apoyar te dan problemas y represión?

Las marcas que la profesión ha dejado en mí

En mi primer trabajo como docente de preescolar me encontré en un aula con veinticinco niños y niñas de diferentes edades, entre 1 a 4 años de edad, por lo que debía: cambiar el pañal de los niños parvularios y cargarlos si era necesario, sostener el equilibrio de los de dos y tres años al gatear o caminar, jugar con el balón y en el rodadero, y hasta enseñar a utilizar el baño (primero la bacinilla y más tarde el inodoro). Sumado a esto debía velar por la ingesta adecuada de alimentos, coladas y teteros, y aun así no se podía dejar de lado la labor pedagógica, lo que implicaba que debía trabajar actividades diferenciadas para cada edad o nivel, que se representaba en tres o cuatro niños por cada grupo, por lo que debía preparar según el rango de edad: actividades, guías, dinámicas y trabajos.





• Era de esperarse, el desgaste físico y mental llegaba al límite. Al término de las nueve horas de trabajo, mi espalda, cintura y piernas pesaban como piedras; la cabeza palpitaba más fuerte que mi corazón, además de tener algunos de los síntomas de los mil virus que portan los niños: tos, dolor de garganta, vómito, diarrea, etc. Al llegar a mi casa podía ver en mi bata de trabajo, los rastros de los diferentes momentos vividos en clase durante el día: la pintura, el pegamento, los colores, la comida y hasta los mocos, el vómito y el popo. Luego de unas horas de descanso, se iniciaba el nuevo día y con éste otra jornada de arduo trabajo.

Hoy, después de más de quince años de trabajo docente con la primera infancia, son evidentes las marcas físicas que mi profesión ha dejado en mí: el callo en el dedo de apoyo del esfere, lápiz, color o marcador, después de tantos trabajos, notas y actividades que he preparado para mis clases; además, llegan los primeros síntomas del túnel carpiano y el dolor agudo en el hombro debido a los muchos trabajos repetitivos por encima

de la cabeza como explicaciones en el tablero, montajes de escenarios o de una que otra decoración; a la vez, la disminución de la visión y las molestias o alteraciones de la voz. Sin embargo, consciente de todo lo anterior, ser docente de los niños en sus primeras edades es mi vida y no podría hacer otra cosa, porque necesito estar en el aula, porque amo lo que hago: enseñar y aprender. Me gusta sembrar en los niños el deseo de descubrir el mundo que los rodea y ser parte importante de sus historias y la de sus familias.



El Rector

- No me parece justo que mi edad sea un pretexto para no volver a la escuela.
 - Sus colegas repiten lo mismo, como si no vieran la publicidad del Estado. Acaso, ino cree que el cuerpo tenga otras cualidades que lo puedan hacer vulnerable en la escuela?
 - ¡Todo lo contrario! El cuerpo allí toma sentido como rector.
 - Eso no lo hace menos vulnerable que un docente. Aunque haya una distancia, en algún momento estará en contacto con los estudiantes.
 - ¡Sin duda!, para eso estamos hechos.
 - Tal como están las cosas, ni la superficie dura de rector podrá salvaguardarlo.
 - Conozco los riesgos. No obstante, en la escuela me esperan.
 - ¿Alguien en especial?
 - Todos. Los profesores, los estudiantes, los celadores, los padres de familia...
 - Y es que acaso... ¿ellos son más importantes que su vida?
 - Mi hijo y ellos son mi vida. 40 años de servicio no se echan en vano de un día para otro. Café tras café narrando nuestras vidas como profesores. De ahí que sienta este fuerte impulso de estar allí.
 - Ya veo. Espero que dichas narraciones se encarguen de resarcir la tristeza de la ausencia.
- Después de una larga persuasión, el coronavirus no lo dejó volver a la institución.

Los cuerpos docentes
se narran, también...

desde sus

LUCHAS
y reivindicaciones



¡Seguimos en pie de lucha!

Me duelen la espalda cerca del coxis y los pies. Las marchas han sido largas al igual que los plantones; sin embargo, los compañeros que llegaron de otras regiones y ciudades HICIERON MÁS. Desde hace varias semanas más de 350.000 profesores colombianos estamos en paro, nos encontramos en las calles protestando por las tristes condiciones de nuestra profesión, en especial, por los bajos salarios y la precariedad en el servicio de salud.

Ayer me acompañó mi hija, ella es eufórica, expresiva, participativa y fuerte. Salimos desde la casa caminando con otro maestro y vecino para recibir a los maestros que se desplazaron de otras regiones a la ciudad capital. Al llegar al lugar del encuentro la emoción fue enorme, aun siendo temprano las calles se veían llenas de maestros.



Marchamos durante 6 horas agradables hacia la Plaza de Bolívar, el punto de encuentro de todas las marchas, parecía un festival: se sentía y vivía la alegría, la esperanza y la unión. Fuimos la última marcha en llegar a la plaza y tristemente ya no había casi profes. No comprendo por qué se ausentaron tan pronto.

Hoy teníamos un plantón de docentes en la Plaza de Bolívar. Llegué a las 9:40 a.m., aunque había profes, se veía desocupada, asumí que era por la lluvia. Me quedé hasta las 4:30p.m., momento en que se presentaron los compañeros de la Federación Colombiana de Educadores (FECODE), el sindicato que acoge a los maestros de Colombia, a esa hora seguíamos los mismos. Unas voces de algunos profes me dicen que pudo ser por el partido de fútbol de Colombia, icon todo respeto, el partido es en la plaza! Estoy molesta, triste y apenada con los profes que se desplazaron desde tan lejos para evidenciar nuestra pereza; siento que nos faltó más compromiso.



Una bestia gigante en mi camino

Aunque sigo participando en cada marcha del paro, he estado silenciada, me he sentido desesperanzada y con emociones simultáneas. Lo ocurrido el 9 de junio, día en el que el ESMAD arremetió contra los profesores por querer llegar al aeropuerto, aún está vivo en mí.

Todo comenzó cuando apareció la primera tanqueta. Sentí miedo y me fui directamente hacia ese aparato para grabar lo que estaba sucediendo. Luego, la tanqueta comenzó a echar reversa para girar hacia el occidente y, entonces, el miedo

se volvió preocupación por la cantidad de niños, estudiantes y mujeres embarazadas, profesores en condición de discapacidad, adultos mayores, que pasaban frente a ésta. Mientras la tanqueta giraba, yo gritaba “no la dejen voltear”, pero los profes seguían caminando, algunos molestos y otros como si nada estuviera pasando. Caminé hasta el peligroso vehículo y logré grabar al policía que daba la orden a quienes estaban en el interior; casi la echan encima de quienes iban pasando. Pasé de la preocupación a la rabia, ¿cómo era posible que el policía diera la orden de avanzar con tantos profes pasando por su camino?



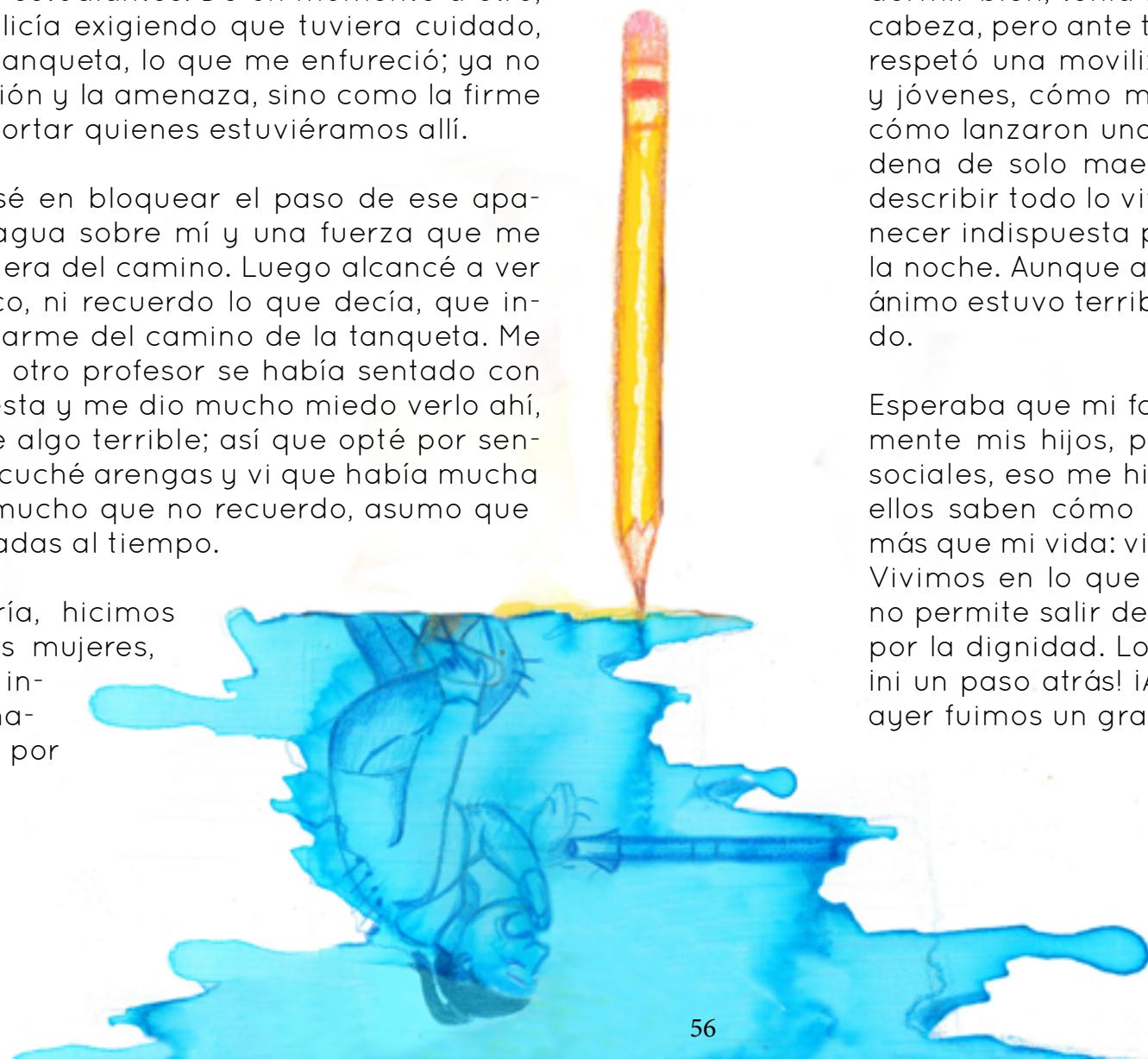
Recuerdo gritar varias veces: “es una marcha pacífica” mientras pensaba en los niños y estudiantes. De un momento a otro, cuando estaba cerca al policía exigiendo que tuviera cuidado, dispararon agua desde la tanqueta, lo que me enfureció; ya no lo vi solo como la provocación y la amenaza, sino como la firme intención de atacar sin importar quienes estuviéramos allí.

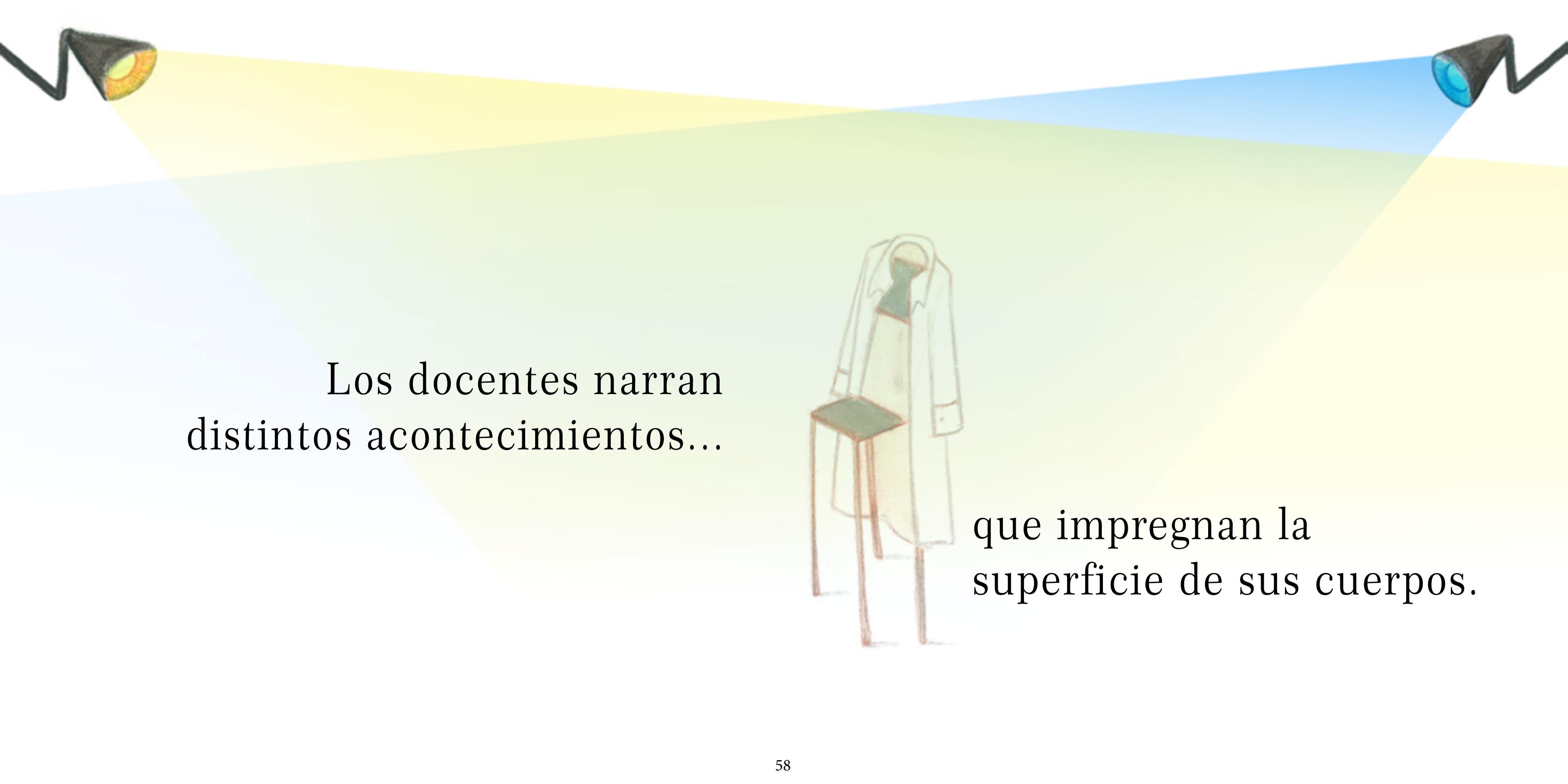
En ese momento solo pensé en bloquear el paso de ese aparato con mi cuerpo, sentí agua sobre mí y una fuerza que me empujaba para que me saliera del camino. Luego alcancé a ver a una profe que no conozco, ni recuerdo lo que decía, que intentaba protegerme al quitarme del camino de la tanqueta. Me di cuenta, también, de que otro profesor se había sentado con su bicicleta muy cerca de esta y me dio mucho miedo verlo ahí, pensaba que podía pasarle algo terrible; así que opté por sentarme también. Después escuché arengas y vi que había mucha gente alrededor mío. Hay mucho que no recuerdo, asumo que por tantas emociones cruzadas al tiempo.

Cuando llegó la personería, hicimos una cadena de solo profes mujeres, pero nos gasearon a todos, incluyendo a dichos funcionarios. Me sentí tan indignada por lo sucedido.

Llegué a casa y todavía no podía asimilar las cosas. No logré dormir bien, tenía las imágenes y los sonidos retumbando en mi cabeza, pero ante todo en el corazón. No comprendo cómo no se respetó una movilización pacífica en la cual había tantos niños y jóvenes, cómo me embistieron con una tanqueta y con agua, cómo lanzaron una cantidad de gases y bombas contra una cadena de solo maestras (mujeres). No sé qué palabras pueden describir todo lo vivido, todo lo que siento. Pensé que iba a amanecer indispuesta por tener la ropa mojada más de 7 horas y en la noche. Aunque amanecí cansada, la salud estaba bien; pero el ánimo estuvo terrible, tanto que no quería ir a trabajar ese sábado.

Esperaba que mi familia no se enterara de lo sucedido, especialmente mis hijos, pero me identificaron fácilmente en las redes sociales, eso me hizo sentir peor. No sabía qué decirles, aunque ellos saben cómo soy, y saben también que mis ideales valen más que mi vida: vivir sin ideales y no luchar por ellos no es justo. Vivimos en lo que he denominado una sociedad narcisista que no permite salir de la zona de confort, ver las injusticias y luchar por la dignidad. Lo mejor de todo esto es que estoy más fuerte, ¡ni un paso atrás! ¡A los niños y a los estudiantes se les respeta!, ayer fuimos un gran ejemplo para ellos.





Los docentes narran
distintos acontecimientos...

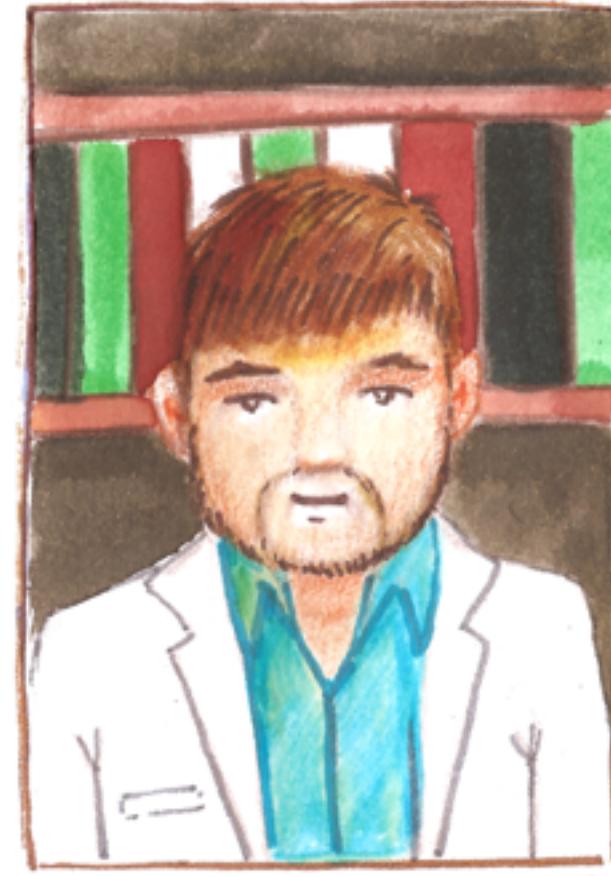


que impregnan la
superficie de sus cuerpos.

Los Docentes narradores



La docente Marimar tiene 37 años de los cuales ocho los ha vivido enseñando en la educación especial. Un día, despertó con una herida en su corazón después de haber sido el blanco de las críticas de sus colegas en la reunión de docentes del día anterior. La sensación de injusticia la sentía pegada a su cuerpo como una marca de las relaciones de poder en la escuela.



El profesor Mejía tiene 15 años de experiencia como docente de Ciencia Sociales. A sus 38 años, aún recuerda y siente los corrientazos que arrancaban de su estómago y recorrían todo su cuerpo cada vez que negociaba su identidad personal con la identidad docente en el transcurso de su formación profesional.



La profesora Conny descubrió su vocación cuando tenía 5 años, soñando con ser la antonimia de su profesora de preescolar. A sus 45 años, reconoce que ha dispuesto 15 años de su vida acompañando el aprendizaje corporal de sus pequeños estudiantes como su segunda mamá. Ser una docente sin cuerpo es imposible. Tan improbable como volver de la escuela sin una marca de su hacer: trazos de pintura, rastros de comida, mocos, vómitos y hasta de popo pegados en la bata. Y si se escarba un poco más al interior de la superficie, se puede percibir sus dolores musculares, el de la cabeza y encontrar algunos virus de sus estudiantes. Sin embargo, consciente de todos estos percances, ser docente de preescolar es su pasión.



De los 45 años que tiene la profesora Isabel, ha dedicado 18 de estos a la enseñanza en primaria. En estos largos años de servicio, recuerda como si fuera ayer aquella tarde soleada cuando se sintió como Jesucristo en la bata docente. Una profesora le desgarraba la piel a pedacitos con cada palabra que articulaba en contra de ella, mientras que la coordinadora y sus colegas la miraban como la mujer a quien quisieran apedrear.

Katherine ha cumplido 39 años y 16 de estos como profesora de primaria. En su trayecto docente, el cuerpo ha sido testigo de las contingencias de la profesión, lo que le ha permitido reconocer que las experiencias en el rol son como los bombones: de colores y sabores. Ha sido una célula activa del cuerpo del sindicato colombiano, cantando arengas por la educación mientras la lluvia cae sobre las turbulentas calles de la ciudad de Bogotá. También, cuentan las historias que con su cuerpo de profesora enfrentó a un monstruo más grande y sólido que todos conocemos como el ESMAD.

Sin embargo, solo la tristeza y el estrés de las cosas cotidianas en la escuela la han afligido; pero ella de nuevo se levanta y resiste. Su compromiso docente es tan grande que puede sentir simpatía de aquellos niños que no son sus estudiantes o vergüenza de aquellos docentes cuyas acciones no hacen honor de la profesión.





Alejandra se reconoce como una maestra que ha aprendido a vestirse, hablar y comportarse como las maestras de primaria. Tiene claro que primero hay que parecer para ser docente; una tarea nada fácil para ella, pues debe negociar su ser corporal en las distintas interacciones con los colegas y con los estudiantes en la escuela. Ha comprendido que el cuerpo en el rol docente es público, es perceptible en el bus, es autoridad en la escuela y es intensamente vivido en la clase ante las miradas permanentes de los estudiantes. Por lo anterior, ha aprendido a interpretar un personaje de maestra para aliviar el malestar del “exceso de presencia”.



La profesora Frida tiene 39 años y es una artista que decidió enseñar. Para ella es más natural ilustrar que escribir; razón por la cual sus corporrelatos están configurados en la ilustración. Su cuerpo es visual y literario, lo visual expresa aquello que las palabras no alcanzan a describir. Es así como logró expresar el día que el frío de la ausencia llegó sin aviso al colegio y la dejó helada frente a las miradas de los estudiantes; cuando indispuesta llegó al colegio como si nada estuviera pasando al interior del cuerpo; o el padecimiento de las migrañas intermitentes que la dejan incapacitada. Así también, para expresar la fortuna de hacer de la escuela un circo y de su cuerpo una fiesta que caracterizan la clase y la docente de artes.

El Profesor Neto tiene 27 años y 4 años de experiencia docente en un colegio cuyo edificio fue convento de monjas y una clínica psiquiátrica. Él es Licenciado en Ciencias Sociales, pero inauguró su carrera docente como profesor de religión, en contra de sus principios y de su voluntad, por decisiones burocráticas. Aquella jugada se la debe a su juventud, la cual fue aprovechada por los otros para que hiciera “eso” que no hacen los docentes antiguos. Le faltaban canas y arrugas para dejar de ser visto como el niño rebelde de la clase y poder influenciar en las decisiones pedagógicas de su institución. No obstante, mientras este cuerpo arribaba, los más veteranos le aconsejaban: “mano dura” y “paso firme”, pues los estudiantes se la iban a “montar”. Contra todos los pronósticos, Neto sobrevivió a los salvajes, al nudo en la garganta que le inhibe revelar un secreto, a la enfermedad relacionada con su estrés laboral que le hizo perder de 17 kilos en menos de 6 meses; aguantó uno, dos, tres, cuatro, cinco saltos... Lo que no pudo aguantar fue que lo llamaran gusano en clase, esto lo convirtió en alguien totalmente desconocido para él.



Indice

- 6 Prólogo
- 8 El otro en el bus
- 10 Poniéndome el traje
- 12 El punto en la diana
- 15 Un día cualquiera
- 16 Advertencias
- 17 Salvajes
- 18 Gusano
- 20 ¡El colmo!
- 21 Un giro inesperado
- 22 Mi deseo por enseñar en preescolar
- 24 La Fiesta soy yo
- 25 El Reto
- 27 Un amigo no lástima de esta manera
- 29 El niño rebelde de la clase
- 30 Una experiencia que no he podido olvidar
- 33 ¿Me iba a meter otra vez en ese infierno ahora como profe?
- 35 La cosa no pintaba tan mal
- 36 Angie
- 38 Cada vez mas exhausta
- 39 ¡Hasta el cuello!
- 40 Un proyecto que va perdiendo el pulso
- 42 “Se trata de estrés”
- 45 Crónica de la enfermedad
- 46 Show must go on...
- 47 Un chaparron de realidad
- 48 El Colon
- 49 Las marcas que la profesión ha dejado en mí
- 51 El Rector
- 53 ¡Seguimos en pie de lucha!
- 55 Una bestia gigante en mi camino
- 57 Una profesión de ires y venires
- 59 Los Docentes narradores



Raimundo Villalba Labrador

Docente Investigador de la Secretaría de Educación Distrital en Bogotá - Colombia.

Se pregunta por el cuerpo del docente a partir de los relatos de experiencias vividas, narradas por los sujetos que encarnan la profesión. Con este objetivo, propuso el corporrelato como una metodología creativa para recuperar las experiencias docentes, que han dejado marcas en el cuerpo, a través de la construcción de la trama narrativa. Los relatos recopilados son ilustrados y reconfigurados en un libro que da cuenta de las experiencias de ser cuerpos docentes. En su trayecto de investigador creador ha propuesto dos libros ilustrados:

1. Corporrelatos del profe Ray (2015). Realizado en la Maestría en Estudios Artísticos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
2. Corporrelatos de experiencias docentes (2020). Realizado en el Doctorado en Artes y Ciencias del Artes de la Universidad de Toulouse II Jean Jaurès en cotutela con el Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: raimundovillalba@gmail.com

Corporrelatos

de experiencias docentes

Correo electrónico:
raimundovillalba@gmail.com

Bogotá – Toulouse
2020